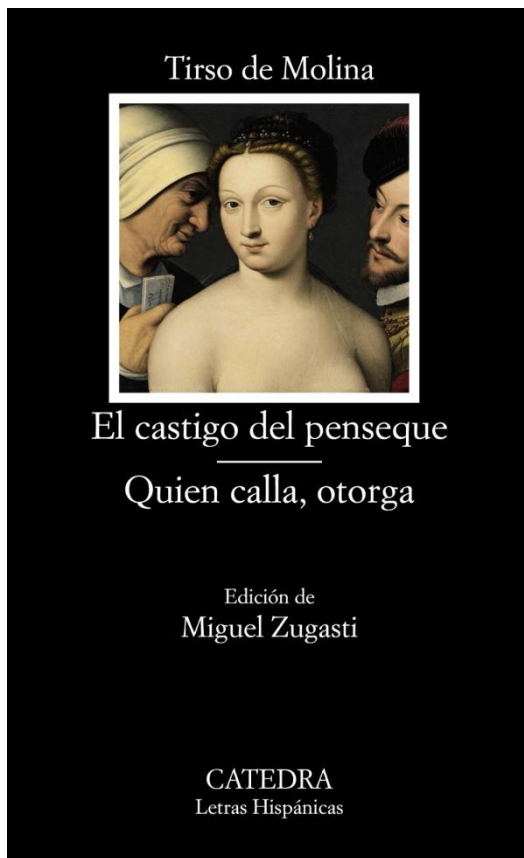


El castigo del penseque / Quien calla, otorga
de Tirso de Molina, edición de Miguel Zugasti

Ignacio Pérez-Ibáñez
Moses Brown School (RI, EE.UU.)
ipibanez@gmail.com



TIRSO DE MOLINA, *El castigo del penseque / Quien calla, otorga*, Miguel Zugasti (ed.), Madrid, Cátedra, 2013, 430 pp.
ISBN 978-84-376-3107-0

Dentro del teatro áureo, la comedia palatina ha sufrido y todavía sufre un tratamiento de hermano pobre. La atención que recibe es muy inferior a la de otros géneros y subgéneros dramáticos. No hay sino comparar el número de estudios que se le dedican con los que se escriben sobre la comedia de capa y espada, las tragedias de honor e, incluso, la atención que están recibiendo

últimamente los autos sacramentales o las comedias burlescas. Parte de este olvido se debe a la falta de ediciones rigurosas y accesibles que permitan un acceso más amplio a este tipo de obras. La cuidada edición que nos ofrece Miguel Zugasti de las comedias palatinas de Tirso de Molina *El castigo del penseque* y *Quien calla, otorga* es intento digno de alabanza de remediar esta situación. El trabajo y el esfuerzo de este filólogo navarro producen unos resultados meritorios y loables.

El volumen se acompaña de un detallado y preciso estudio introductorio. Miguel Zugasti comienza por mostrarnos lo peculiar de este dúptico de comedias, donde *Quien calla, otorga* es la continuación de *El castigo del penseque*. ¿Qué llevó a Tirso a escribir una segunda pieza que siguiese las andanzas de don Rodrigo Girón? El final que el público esperaba en una comedia era el matrimonio de los protagonistas. Sin embargo, Tirso castiga al suyo, su indecisión entre diferentes pretendientes y su falta de valor para acercarse a una aristócrata de mayor rango y, al final de la primera obra, lo deja no solo soltero, sino que además es testigo del triunfo en las lides amorosas de sus contrincantes. Este final tan extraño en la época no debió de satisfacer al público, que tal vez vio una excesiva punición de don Rodrigo, lo que llevó al mercedario a escribir una continuación, donde este se resarciese de sus pasadas indecisiones. Efectivamente, en la segunda de las comedias, *Quien calla, otorga*, el noble español logrará casarse con una aristócrata de mayor rango, la marquesa Aurora.

La acción en ambas comedias se sustenta en un triángulo amoroso donde nuestro protagonista no sabe si decidirse por la dama de mayor rango o su hermana mayor. Por lo que respecta a las damas, todas se sienten atraídas por don Rodrigo, y a la vez son cortejadas por otros galanes. El argumento y desenlace de *El castigo del penseque* puede resultar sorprendente. Zugasti rastrea las fuentes y hace un detallado análisis de las concomitancias, paralelismos y diferencias entre esta comedia y una anterior de Lope, *La*



ocasión perdida y concluye que el mercedario tuvo como modelo la comedia lopiana. Zugasti se sirve de su experiencia en este campo, de sus anteriores estudios sobre Tirso y la comedia palatina al escribir la introducción a su edición, lo que le proporciona una adecuada profundidad y hondura, sin caer en una erudición excesiva que lo alejen del público general.

Por lo que respecta a la fijación textual, el trabajo de Zugasti entrañaba una dificultad extrema. No existen testimonios fiables que representen la última voluntad del mercedario. No se conservan copias autógrafas o aprobadas por el autor. Los primeros testimonios del díptico que se conservan, vieron la imprenta en vida del dramaturgo y se recogieron en el volumen *Doce comedias nuevas del Maestro Tirso de Molina. Primera parte* (Sevilla, Francisco de Lira, 1627) y es en estos en los que Zugasti basa su edición, aunque consulta un total de nueve ediciones impresas y tres digitales para fijar su texto. El problema radica en que, tal y como recuerda el editor y ha estudiado en profundidad la crítica, la edición primigenia es una edición muy descuidada, con numerosos errores de entidad e innumerables erratas. Los más llamativos (y con los que resulta más difícil de lidiar) son la supresión de algunos versos y la adición de otros, lo que hace que queden estrofas incompletas y versos sueltos. Como bien indica Zugasti: “un dramaturgo de la talla de Tirso no escribe décimas de nueve u once versos, octavas reales de siete, ni redondillas de tres o cinco versos, por lo que todos estos fallos hay que achacarlos o bien a deturpaciones de los manuscritos base, o bien a despistes de los componedores de la página en el taller de imprenta” (p. 77). El detallado análisis métrico de nuestro editor señala todos los problemas que el lector se va a encontrar, apunta cómo han lidiado editores anteriores con ellos, e indica cómo ha modificado el texto, sobre todo corrigiendo erratas y rectificando atribuciones defectuosas de locutor. El resultado es el texto de mayor calidad que de estas comedias se conoce hasta la fecha.



En la forma de lidiar con los versos 516-517 de *Quien calla, otorga* radica el único pequeño pero que se le puede poner al trabajo de fijación textual de Zugasti. En estos versos, la frase “pues así / me desconoce” (3 últimas sílabas del verso 516 y 5 primeras del verso 517) no aporta nada a la comprensión del texto, y hace que el verso 516 quede suelto. Tal y como señala el editor, la supresión de la misma restituiría la redondilla de los versos 516-519. Sin embargo, en lugar de adoptar esta supresión que él mismo sugiere (enmienda que restauraría la coherencia métrica del texto), sigue fiel a la tradición de todas las ediciones anteriores, y perpetua la lectura primigenia de la edición sevillana. Exilia, por lo tanto, su solución, en mi opinión acertada, a su estudio métrico y al aparato textual.

El aparato de notas es muy completo, útil y adecuado para aclarar los pasajes oscuros. Las explicaciones son claras y accesibles para el lector. Zugasti explica en román paladino los términos desusados, las frasecillas y refranes y las referencias culturales que se le escapan al lector actual. Huye de la costumbre, tan habitual en otros editores, de explicar vocablos con simples citas del *Diccionario de Autoridades* que en ocasiones ni son pertinentes (no debemos olvidar que este se escribió un siglo después de las comedias que nos ocupan) ni ayudan al lector (pues hacen referencias a otros términos y costumbres que el lector desconoce). Se sirve con profusión de acertados pasajes paralelos que ilustran sus explicaciones y ejemplifican el uso que de los términos en cuestión se hacía en la época. En ningún caso hemos encontrado explicaciones erradas, si bien, en ocasiones puntuales creemos que el lector no especializado se hubiese beneficiado de una aclaración más detallada.

Es este el caso del v. 895 de *El castigo del penseque*. El pasaje lee: “yo quiero / a vuestra hermana Clavela / tanto como al movimiento / circular el primer móvil / y como la piedra al centro” (vv. 891-895). Zugasti explica con profusión los conceptos de movimiento circular y primer móvil haciendo referencia a la concepción tolemeica del universo. Sin embargo, la explicación



del verso 895 (“como la piedra al centro”) se limita a un escueto ‘al centro de gravedad, al destino natural’ y se nos invita a compararlo con otros versos que aparecen posteriormente en este díptico. Hubiese sido pertinente explicar que detrás de esta simple alocución hay una referencia a la teoría de los elementos y el movimiento aristotélica. Para el Estagirita existían cuatro elementos (agua, aire, tierra y fuego) y dos tipos de movimiento, natural y violento. Según la concepción aristotélica, cada elemento se dirige hacia su esencia y tiende a volver a su “lugar natural”: la tierra cae hacia la tierra, el fuego sube hacia arriba, el aire se esparce sobre la tierra, etc. Por ello, el movimiento natural de una piedra es volver al centro, regresar a la tierra. El movimiento violento es el opuesto al movimiento natural y siempre requiere de un agente externo, de un motor, como, por ejemplo, cuando lanzamos una piedra hacia arriba. En el momento en que la causa desaparece (el agente externo), el movimiento violento se termina.

Otro tanto se podría decir de los versos 1490-1491, donde el gracioso Chinchilla dice “porque sin Ceres ni Baco / dicen que amor tiene frío”. En la nota al pie leemos “*Ceres, Baco*: alusiones a la comida y a la bebida, típicas en boca del gracioso: *Ceres* es la diosa de las semillas y *Baco* es el dios del vino”. Las raíces de estos dos versos son más profundas y hacen eco de un verso del *Eunuchus* de Terencio: “Sine Cenere et Libero friget Venus”. Calderón también hará referencia a este concepto por ejemplo en los vv. 426-429 del auto *A María el corazón* (“Mientras yo abraso a todos / tú a todos brinda / que sin Baco y sin Ceres / Venus se entibia”) o en los vv. 612-614 de *El año Santo en Madrid* (“Lascivia y gula nacimos / tan de un parto, que sin Ceres / y sin Baco, no hay Cupido”).

Por último, Zugasti recurre al emblema 36 de Alciato para explicar los versos 1512-1513 de *El castigo del penseque*: “Palma ingrata, cuyo fruto / no goza el dueño en su vida”. Sin embargo, estos versos no requerían de una explicación tan erudita, pues se basan en un hecho natural: una vez después de



plantada, una palmera tarda mucho tiempo en madurar y en dar fruto. Por ello se convirtió en sinónimo de ingratitud, y comparar a la amada con la palma en algo habitual. Este mismo cuentecillo sobre el agricultor que murió antes de ver los dátiles de la palmera que había plantado nos lo encontramos en *El verdadero amante* (vv. 620-628) de Lope de Vega, donde leemos: “*Coridón*: Eso, Belarda, no niego, / porque tu vista me mata. / ¡Oh más que la palma ingrata, / libre del cuchillo y fuego! / *Belarda*: ¿Ingrata llamado has / a la palma? *Coridón*: Y creo yo / que tal como ella serás, / pues no dio fruto jamás / al dueño que la plantó”. Otras referencias aparecen en el romance *Funestos y altos cipreses* que se recoge en el *Romancero general* o en el decimosexto canto de la “Liga deshecha por la expulsión de los moriscos en los Reinos de España”, de Juan Vélez de Vasconcelos.

En resumen, Zugasti hace un trabajo encomiable y nos presenta una cuidadísima edición de dos obras muy interesantes. Los textos que tenemos en nuestra mano son el fruto de un intenso trabajo filológico, que produce unos resultados loables, de muchos quilates. Gracias al saber hacer del editor, al sugestivo estudio introductorio, al cuidado texto que se nos presenta y a su elaborado aparato de notas, el lector puede acercarse al texto tirsiano con el camino allanado y disfrutar de agradables horas de lectura. Solo nos queda desear que sea esta una primera punta de lanza en un campo que todavía no recibe la atención que merece. Ojalá que pronto veamos más ediciones tan logradas como esta, textos que den pie y sirvan como base a trabajos críticos de calidad.

